

Transgresiones de la sensibilidad

Violeta se pusiera



más histérica todavía que aquella vez en que se le coló en pleno examen una pregunta con la que ella en absoluto contaba porque, además de estar segura de que no correspondía ni a su asignatura ni a la evaluación que la ocupaba — que lo comentó entre lágrimas en la sala de profesores mientras daba sorbitos compungidos a una taza de valeriana que le hicieron para ver si se calmaba —, ella, Violeta, era muy exquisita, muy delicada, y jamás habría accedido a que “algo tan sumamente sucio y feo” (dijo) arrojara una mancha sobre su expediente que “mirad — indicó —

cómo me lo ha dejado”.

Y, sí, aunque todo el mundo quiso consolarla con un *pero si casi no se nota* que sonaba a falso, la verdad pura y dura es que estaba lleno de grasa y el aspecto era del todo lamentable.